

Quando el público prefiere no saber ni que se sepa

Tomás Linn



Foto: AFP / Ed Jones

Tomás Linn::
Departamento de
Comunicación, Universidad
Católica del Uruguay, Uruguay.
tlinn@busqueda.com.uy

RESUMEN

El periodista y profesor universitario analiza el fenómeno de la censura ejercida por el público y el rol de las redes sociales como instrumento para frenar o contrarrestar determinada información.

ABSTRACT

The author, who is a journalist and a professor at the University, discusses the phenomenon of censorship operated by the public and the role of social networks in blocking or counteracting certain information.

No hay peor censor que el propio censurado. Aquel que, debiendo usar para su bien las ventajas de la libertad de prensa, prefiere presionar para que esa libertad sea recortada, incluso al precio de que ello limite su acceso a mejor información y, peor aun, afectando también el derecho de otros.

El fenómeno no es nuevo, pero en algunas sociedades está tomando un cariz preocupante, dado que la modalidad por la cual la propia gente –y no los gobiernos– ejerce esa censura demuestra ser efectiva.

El resultado es el amedrentamiento mediante una presión sostenida, ejercida con mucha prepotencia y desde la lógica de la *patota*.

Hay sociedades en que el fenómeno es muy evidente; otras lo disimulan mejor, y en todos los casos las redes sociales se han convertido en un poderoso instrumento para contrarrestar y frenar información que molesta.

No me refiero al derecho de cada persona a rechazar un medio que le disgusta, a no comprar un diario que no desea o a apagar la televisión ante el desagrado que le generan ciertos programas. Ese tipo de actitud individual y firme es parte de una manera de entender la libertad de prensa en la que cada persona, por sí y ante sí, elige qué mirar, qué leer y qué descartar.

Ese es el único y genuino censor que puede aceptarse, dado que, así como alguien se siente libre de decir, opinar e informar algo, otro puede sentirse igualmente libre de no concederle la credibilidad requerida y rehusar su servicio.

Los periodistas a veces entran en la lógica del público y se vuelven sus cómplices hasta extremos de demagogia. El periodista argentino Miguel Wiñazki (2004) le puso nombre a esa tendencia: *La noticia deseada*. Las noticias que el público quiere conocer (o las que no quiere conocer) llevan a que los medios, para mantener su audiencia, solo informen (o no informen) sobre estas, que no siempre son la verdad.

A propósito de esta definición, el periodista uruguayo Leonardo Haberkorn (2015) planteó la existencia de *noticias (no) deseadas*, en alusión a aquellas protagonizadas por personalidades muy queridas por el público que van en contra de su propia buena imagen. La reacción del público es hacer como que no existen. Haberkorn recordaba las declaraciones de Eduardo Galeano, muy críticas respecto a su más famoso libro, que fueron olímpicamente desconocidas por buena parte de sus seguidores.

Pero la actitud que más me preocupa no es solo la del que decide negar la realidad, sino más bien la del que da un paso más y usa esa negación a recibir información para impedir que otros también la reciban: "Si a mí no me gusta, entonces a nadie más debería gustarle".

En tiempos recientes, diferentes gobiernos han puesto de moda, como forma de defender su gestión, la elaboración de un *relato* seductor, cautivante, verosímil aunque no siempre real. Ante ese relato, los simpatizantes y adherentes de esos gobiernos se oponen a toda información que lo ponga en duda. Temen que las noticias dadas por los

periodistas tengan una pizca de verdad y hagan tambalear el relato. Prefieren no saber ni que se sepa. Para que el relato se sostenga, nadie debe cuestionarlo.

Es entonces que el público, más que los gobiernos, arremete contra todo periodismo que pretenda informar con un mínimo de rigor, desde su independencia y con sentido crítico, ingredientes esenciales a la tarea de todo reportero que se precie. Tal vez esa actitud del público sea funcional a algunos de estos gobiernos, aunque sus políticas oficiales respecto a los medios y a los periodistas vayan por otros carriles.

Para los periodistas es muy desconcertante. Ellos están acostumbrados a las presiones y chicanas que desde siempre despliegan los gobiernos y los políticos, aun aquellos respetuosos de las libertades y las instituciones. Saben que están expuestos a ese juego y aprendieron a sortearlo y sobrevivir. Lo que les sorprende, en cambio, es esta actitud agresiva y patotera de gente común, de quienes en teoría podrían ser sus lectores o su audiencia y a los que, en todo caso, podría serles útil la información que difunden.

Al dar información, al revelar noticias complejas, los periodistas cumplen un servicio (hablo de los buenos periodistas; los malos que se defiendan a sí mismos). Tienen claro que su misión es difundir la información que buscaron, investigaron y verificaron. Pero saben que luego el público hará con ella lo que prefiera. Incluso las instituciones harán con ella lo que consideren mejor. Un buen periodista no informa sobre un caso de corrupción para que el gobernante vaya preso, sino para que el público sepa lo que ocurre. Nada más. Depende de otros que esa corrupción sea o no sancionada.

Sucedió en el pasado y seguirá sucediendo que gobiernos corruptos, sobre los cuales los medios informaron con detalle, igual fueron reelectos. Lo fueron por votantes que conocían sus actos. Esto no solo demuestra que el *poder* adjudicado al periodismo no es tal, sino que su tarea trasciende los humores circunstanciales de una sociedad.

Una vez difundida la noticia, cada ciudadano la sopesa en función de sus intereses y realidades. Lo que importa no es cómo fue tomada en cuenta, sino que estuvo presente. Pues, en definitiva, el periodista no es juez ni fiscal. No condena ni sentencia.

El escándalo Watergate, que hizo caer al presidente norteamericano Richard Nixon, es un ejemplo. No fue la minuciosa, paciente y sostenida investigación realizada por el *Washington Post* lo que hizo renunciar al presidente. Fue la reacción de las instituciones norteamericanas, que transcurrido un tiempo tomaron en serio la información divulgada y comenzaron a investigarla por sí mismas. Ante la amenaza de un juicio político, el presidente renunció. Le irritó la cobertura del diario, sin duda, pero al que temió fue al Congreso de su país.

Si la amenaza de un juicio político no hubiera sido real, quizás Nixon no renunciaba. Eso no habría invalidado un ápice la investigación realizada por el diario. Y, cualquiera hubiera sido el desenlace, a la gente le sirvió saber.

Lo que se está viendo en la región es una actitud militante y agresiva a favor del no saber. A través de manifestaciones públicas, de seudojuicios sumarios, de intervenciones deliberadas en los foros de Internet, de agresiones físicas, se busca acallar lo que ponga en duda la certeza del *relato* oficial.

Ese sector nada menor del público no cree que haya periodistas independientes (pocos o muchos, los hay) ni le parece que su función deba ser realizada con espíritu crítico. Por lo tanto, los acusa de ser conspiradores, desestabilizadores, destituyentes y golpistas, y los expone al escarnio público.

Es verdad que ante situaciones concretas de emergencia, en las que se genera un temor circunstancial o a veces permanente, diferentes grupos se abroquelan ante expresiones muy irreverentes o noticias fundamentadas que interpelan sus certezas. Ocurre con ciertas pequeñas comunidades religiosas que no quieren ver cuestionadas sus verdades sustentadas en la fe. Cuando ven que en el mundo exterior se informa sobre hechos evidentes para el resto pero no para ellos, optan por negar a esos medios y evitar que circulen en sus comunidades. No siempre, sin embargo, son *patoters*. Simplemente censuran hacia dentro.

La fuerte tradición laica y secular hace que ello no sea tan evidente en Uruguay, donde las corrientes religiosas conviven sin conflicto con expresiones que contradicen sus creencias. Pero en Estados Unidos es frecuente escuchar sobre grupos dogmáticos que se encierran en sí mismos para defenderse de información periodística verificada que consideran herética.

También ocurre lo contrario: en sociedades donde Iglesia y Estado están separados, los defensores de un laicismo a ultranza a veces consideran que los mensajes que defienden los grupos religiosos deben remitirse al interior del templo donde se practica el culto y no salir a la plaza

pública, lo cual, como resultado, también es un cercenamiento a la libertad de esa gente.

Comunidades con fuertes sentimientos patrióticos se vuelven censoras de expresiones irreverentes referidas a símbolos patrios o personajes de la historia.

Hace unos años el Cuarteto de Nos, un conocido grupo de rock, difundió una canción irrespetuosa hacia la figura de José Artigas, venerado prócer uruguayo. Pese a que todavía no existía el fenómeno de las redes sociales, hubo una *viralización*: la letra de esa canción trascendió el círculo de sus *fans* y llegó a gente que, indignada, reclamó la prohibición de la canción y pidió alguna forma de castigo legal a sus autores.

Por cierto, cualquier forma de sanción habría sido una violación a la Constitución, que defiende derechos y libertades en forma muy clara.

Es lógico que quien tiene arraigados sentimientos patrióticos se ofenda ante tamaña irreverencia, pero ¿cómo se entienden los motivos de quienes hicieron esas letras? En una sociedad amplia, diversa y plural, hay personas que no sacralizan los símbolos patrios ni a sus figuras nacionales. También ellos tienen derecho a sentir esos temas de forma diferente, aunque sean minoría. Por algo un histórico fallo de la Suprema Corte de Justicia norteamericana entendió que la quema de una bandera nacional, por fuerte que resultara, era una manera de expresar descontento o enojo con la propia patria y por lo tanto tal conducta estaba amparada por la famosa Primera Enmienda.

En Uruguay, los procesos históricos que encienden ese fervor patriótico permitieron construir una identidad que va de la mano con la compleja pero sostenida construcción democrática. Por lo tanto, esas figuras nacionales y los símbolos representan también una idea de libertad por la que se luchó y que nos define como ciudadanos de este país. Esa libertad vale para defender las

ideas compartidas, pero también las de un solitario y excéntrico ciudadano.

Situaciones como la narrada muestran que ese reflejo se ha extendido a un público que defiende con agresividad a sus gobiernos, sus partidos, sus grupos religiosos o sus organizaciones militantes ante información que considera crítica. Y para ello está dispuesto a ejercer presiones que amedrentan y acallan. Su método es la militancia patotera. Hubo verdaderos tribunales populares que en actos masivos abrieron juicios sumarios y expeditivos para condenar a periodistas de renombre. Como fueron iniciativas tomadas por el público, nadie fue preso ni censurado, pero sí se intentó ensuciar el prestigio de destacados profesionales.

En esa actitud patotera, los militantes y simpatizantes eligieron no querer saber porque es la única manera de mantener intacto el *relato* adoptado. Lo quieren puro y sin mella. Y tampoco quieren que gente común, fuera de su circuito militante, les contamine tanta pureza en las charlas de café, las conversaciones en los lugares de trabajo o en las reuniones familiares. Por eso actúan.

Ese tipo de público encontró en las redes sociales un instrumento para potenciar sus linchamientos. A veces actúan con tal agresividad que sus textos trascienden la mera anécdota y merecen ser analizados a fondo. Pero eso daría para otro trabajo. ❖❖

Referencias

- Haberkorn, L. (2015, 21 de abril). Las venas abiertas y la noticia (no) deseada. (Mensaje en un blog). Recuperado de <http://leonardohaberkorn.blogspot.com.uy/2015/04/las-venas-abiertas-y-la-noticia-no.html>
- Wiñazki, M. (2004). *La noticia deseada: Leyendas y fantasmas de la opinión pública*. Buenos Aires: Marea.